

# Educación y población a la entrada del milenio



HUMBERTO MUÑOZ GARCÍA

Este texto es una reflexión sobre el futuro de la educación y algunas de las tendencias demográficas previstas para el siglo XXI. Los argumentos no giran en torno a las proyecciones de la población ya disponibles. Ciertamente, lo que ocurrirá con el crecimiento demográfico y la distribución de los habitantes en el territorio sugiere imágenes muy distintas del país, de acuerdo con los supuestos, la metodología y los cálculos que se usen. Pero, en cualquier escenario, lo demográfico afectará a lo social, en particular respecto a lo educativo. No obstante, el problema no es sólo de magnitudes sino también de calidades. Y es necesario comenzar a debatir con rigor e imaginación lo que sucederá próximamente con la enseñanza considerada la realidad imperante en el sistema que la imparte y los graves problemas que en esta materia habrán de enfrentarse.

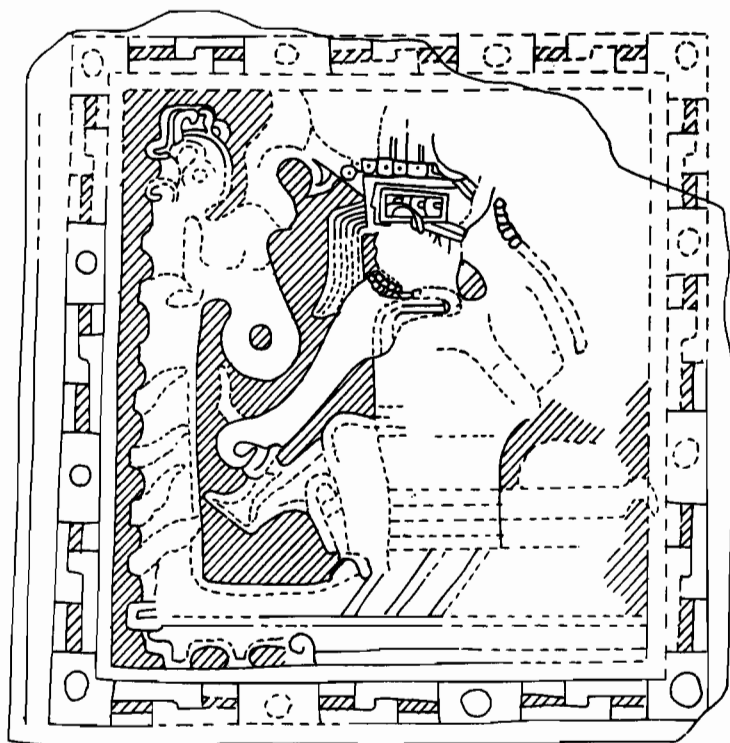
¿Por qué tomar a la educación como punto de partida para ver a la sociedad mexicana a la entrada del siglo XXI? Por una razón: el papel estratégico que desempeña para el desarrollo de la sociedad y de quienes la integran. En el siglo XXI, el conocimiento será el principal bien del intercambio que se registra en el interior de un país y entre éste y otras naciones. Para contar con él (producirlo, transmitirlo y aplicarlo), será necesario un sistema de instrucción fortalecido que permita corregir los desvíos y desigualdades en la distribución y calidad de la oferta educativa. Éste es un asunto que parece simple, pero en realidad resulta muy complejo: para modificar dicho sistema deben concurrir factores de índole económica, social, política y cultural. Al final de cuentas, la enseñanza se asocia con casi todos los elementos en que puede descomponerse la realidad social e influye en ellos.

Los problemas que en materia educativa surgen en el país a fines de siglo se resumen en tres palabras: un lamentable desastre. Los esfuerzos realizados, si bien han sido importantes dada la ecuación demográfica, no han bastado para corregir las enormes carencias y deficiencias. En principio enumeraré las siguientes: el rezago, el abandono y el analfabetismo. Respecto al primero, queda todavía un porcentaje elevado de niños (entre los 6 y los 14 años) que no han concluido su enseñanza básica ni asisten a la escuela. Las cifras recientes indican que la asistencia se ha incrementado, pero todavía los rezagados representan una buena cantidad de personas. Importante también es el atraso de los adolescentes de 15 años o más. Las dificultades para combatirlo después de esa edad son muchas y, desde luego, el problema influye en los niveles de escolaridad de la fuerza de trabajo y en los ingresos que ésta recibe, entre otros aspectos.

El analfabetismo, más frecuente en las mujeres que en los hombres, tal vez se ha reducido a menos de diez por ciento en el decenio de los noventa entre la población mayor de 15 años, lo que ya constituiría un avance. No obstante, todavía millones de compatriotas no saben leer ni escribir.

Acerca de la deserción y la reprobación no hay demasiadas precisiones, aunque en la literatura relativa al asunto siempre se hace notar que sus índices son muy elevados, que se registran en todos los ciclos y niveles escolares y que son más frecuentes entre los estudiantes cuyas familias obtienen bajos ingresos.

Los cambios en la estructura de edad en el siglo XXI y el volumen que representen determinados tramos de la misma agravarán problemas como los mencionados. Si la población tiene acceso a la enseñanza básica y la escuela la



Relieve escultórico de la Pirámide de los Nichos. Fase la Isla A (ca. 600-900 d. C.). El Tajín

retiene durante más tiempo, es decir si el sistema educativo se vuelve más eficiente, entonces es posible suponer que los flujos hacia el nivel medio superior y superior ejercerán una mayor presión para que se ofrezcan más oportunidades educativas. La demanda sobre el sistema educativo será muy grande en el nivel superior. Ahí se requieren fuertes impulsos. México tiene una tasa de atención escolar al grupo de 20 a 24 años de edad cercana a catorce por ciento, que lo sitúa en el promedio de los países del Tercer Mundo de acuerdo con datos de la Unesco.

En el decenio de los noventas, la educación superior se diversificó bastante gracias a la oferta de las universidades públicas propiamente dichas, de los institutos y centros de enseñanza tecnológica y de las instituciones privadas. Estas últimas crecieron de manera muy rápida, han contribuido notablemente a absorber la demanda y hoy incorporan a cerca de veinticinco por ciento de la matrícula total —que, a su vez, se incrementó sustancialmente entre 1990 y 1997 al pasar de cerca de un millón de estudiantes a un millón seiscientos mil aproximadamente—, y así ha sido posible mantener la tasa de atención en el mismo nivel que al inicio de la década. Resulta evidente que el incremento de los flujos de alumnos entre los niveles del sistema educativo, las tendencias demográficas y las necesidades sociales serán factores fundamentales de presión para elevar la oferta educativa a nivel superior.

Algo semejante ha ocurrido y ocurrirá con el posgrado. La matrícula se ha incrementado de manera impresionante en el decenio, en parte debido al credencialismo en el mercado, para elevar los grados de la planta académica de las universidades y para satisfacer a un sector del sistema productivo y de los servicios que requiere personal de muy alto nivel. El caso es que el país no podrá salir adelante sólo con unos cuantos cientos de miles de maestros y doctores, como teníamos al inicio de los noventas.

También es necesario mencionar lo que se refiere a las diferencias educativas en el territorio. Las oportunidades de acceso a la escuela varían según el lugar donde residen las personas. México es un país muy distinto al de hace algunas décadas. Pero las desigualdades educativas han persistido en él desde casi siempre. Las entidades menos desarrolladas y con menor capacidad de negociación política han tenido los índices más bajos de escolaridad, y las distancias educativas entre ellas y las más desarrolladas prácticamente no se han modificado. El problema de la equidad en las oportunidades será, sin duda, uno de los más espinosos. Otro más reclama urgente atención: la población recorre su estructura hacia los grupos de edad más avanzada y pronto será necesario contar con un desarrollo sostenido de la educación continua.

Pese a todo lo anterior, y en función de algunas tendencias, mi hipótesis es que el nivel medio de escolaridad de la población mexicana va a elevarse si hay un crecimiento económico razonable y aumenta el gasto público en el área. El problema mayor será cómo vincular satisfactoriamente la oferta de personas con mayor educación, en particular profesional, con la creación y la multiplicación de puestos en el mercado laboral. La solución es crucial porque el nexo entre la educación superior y las oportunidades de empleo en el mercado es un indicador clave de crecimiento económico, así como de renovación de las expectativas en la educación y, posiblemente, de legitimidad política.

Ahora bien, si la cuestión de las magnitudes y distribuciones demográficas nos plantea una serie de retos cuantitativos para responder a la demanda educativa, el aspecto más complejo del asunto es en realidad de carácter cualitativo, lo cual puede apreciarse de varias maneras. Explicaré unas cuantas de ellas. El abandono de la escuela y el bajo rendimiento escolar de un nutrido

contingente de alumnos es un indicador más que elocuente. Además, los estudiantes concluyen su enseñanza primaria sin escribir bien y sin dominar la aritmética. Las comparaciones internacionales ponen de relieve la cuestión del escaso número de horas de clase en México. Los profesores de primaria de las escuelas oficiales, particularmente, no cuentan con estímulos, condiciones de trabajo y material humano adecuados para mejorar su desempeño en el aula. Una alta proporción de ellos considera que el plantel donde imparten sus clases es deficiente. Los maestros ganan bajos sueldos y su prestigio social resulta ínfimo. Ellos consideran que el gobierno ha dirigido erróneamente los asuntos de la enseñanza.

Asimismo, no en todos los puntos del país se puede completar el ciclo básico y la descentralización educativa no ha arraigado suficientemente. La lista de problemas puede ser larga. En los que ya se mencionaron se reflejan lastres estructurales que si no se desechan pueden nulificar los impulsos tendientes a aumentar la cobertura. Como se aprecia, se trata de una cuestión difícil en la que no podemos extendernos aquí.

Tengo la impresión de que el tema educativo será prioritario en los programas que ofrezcan los partidos políticos para el presente año y ampliamente debatido en la campaña presidencial. Y es que en la enseñanza pueden concentrarse las expectativas de cambio de la sociedad mexicana a la entrada del nuevo milenio, las aspiraciones de progreso que sin duda existen, la capacidad para conducir los avances tecnológicos y el crecimiento económico del país. Hay una sociedad preocupada por superar la incertidumbre provocada por las crisis económicas recurrentes y que todavía cifra sus esperanzas en la educación de las generaciones futuras.

Termino con unos cuantos señalamientos más. El gobierno tiene con la población una deuda educativa que habrá de pagar no sólo ampliando la cobertura de la instrucción, sino además difundiendo conocimientos socialmente significativos. Para lograr esto último requiere un proyecto fundado en nuestras raíces históricas y en la filosofía de la educación en que se reconoce la sociedad mexicana. Creo que tales principios hay que recuperarlos y ponerlos en un nuevo contexto para hacer viable la transformación social. A mi modo de ver, los grandes humanistas de este país nos dejaron un importante legado: la certeza de que sin



Relieve escultórico de la Pirámide de los Nichos. Fase la Isla A (ca. 600-900 d. C.). El Tajín

educación no son posibles una democracia real y legítima, ciudadanos poseedores de una moral política responsable, una ética favorable al cambio y a las innovaciones tecnológicas, un ejercicio del derecho al que siga el cumplimiento de las obligaciones y la supresión de las desigualdades. Sin proyecto educativo no se tiene una idea del hombre que se desea formar.

Lo que revelan las proyecciones de la población, por lo pronto, es que lo demográfico se mantendrá en los próximos cincuenta años como uno de los principales factores que alterarán al sistema educativo. En tal circunstancia, el país deberá prepararse para ampliar la cobertura, mejorar la calidad de la enseñanza y aprovechar todos los medios electrónicos disponibles con objeto de difundir el conocimiento. Para tales propósitos se necesitarán recursos económicos más abundantes y recursos humanos más competentes, cuya formación implica mayores dificultades. El reto es inimaginable debido al deterioro educativo.

En una coyuntura como la presente, a la luz de las proyecciones demográficas que, conforme a cualquiera de las estimaciones, indican que habrán de nacer muchas más personas en el país y que la estructura de la población seguirá transformándose, es imprescindible que a los jóvenes se les eduque mejor de lo que se ha hecho hasta ahora, sin el temor al no futuro. ♦